

## MODALIDAD A. RELATO CORTO:

El PRIMER PREMIO DE LA CATEGORÍA ADULTOS, dotado con 400 € y publicación del relato (50 ejemplares), al texto titulado “En fin” que firma sin seudónimo y que corresponde a D. Rafael del Campo Vázquez, residente en Córdoba.

---

### EN FIN

---

Un hijo en paro (Justínín el *fogoso*). Una *revenida* mujer. Un *pedante y docto notario* (“En fin” ... *puestos a precisar, más pedante que docto*). Una nietecilla, alma pura. Y dando sentido a todos esos personajes, Justino, el hombre *malbaratado*; el rudo jornalero curtido por las labores del campo; el humilde trabajador a las puertas de su jubilación que se siente en la obligación de sustentar a su prole; el padre que nutre.

Entre estas personalidades se desarrolla la historia de un sencillo hombre de campo que no entiende por qué la hacienda tributaria debe quedarse con el 20% de la ganancia que obtendrá por vender la parcela que permitirá sostener la maltrecha economía de su hijo en paro y de su vasta familia.

Resumida la línea argumental en una trama tan sencilla -limpia de diálogos, libre de pormenorizadas descripciones, a salvo de pesadas digresiones de cualquier contador de historias prolijo-, emerge la voz potente y eficaz de un narrador que consigue adecuarse a la personalidad de cada uno de esos entes que pueblan la historia: que habla el *más pedante que docto notario*, se despliega la enjundiosa jerga jurídica sobre el estado de derecho y de la redistribución de la riqueza; que se habla de los *redolores* que embargan al lisiado Justino, se escapan expresiones que entremezclan el discurso del narrador con el del personaje (*cogía tempranito para la parcela que tenía en los ruedos del pueblo, pim, pam, pim, pam*); que si el protagonista rememora la machacona insistencia de su mujer respecto al solar, se cuelan como sin querer dichos y expresiones de esta (*que si las curianas, que si las ratas, que si las tuberías, que si una asquerosidad*)...

Junto a esta colisión de voces y perspectivas narrativas, subyace el regusto dichoso del narrador por la vida sencilla y armoniosa de las gentes del campo: gracias a este remozado *beatus ille* clásico, por un lado, suenan aquí y allá las tareas propias de los que “trabajan por sus manos” (*despanzurrar terrones, bregar con los animales, fumigar las malas hierbas, abonar los cantacucos, cebar los guarros, limpiar el corralón de gallinaza*...); por otro, la defensa de la sencillez de la vida humilde (*Y la vida, mal que bien, iba discurriendo con sencillez, como pasa la vida de la gente honesta y cumplidora*) y la belleza bucólica del medio rural (*el olor fresco a mundo recién estrenado que mana la aurora*).

En ese *alter ego* del narrador, a veces Justino, a veces notario, a veces una agriada esposa y su letanía infinita, se cuelan reflexiones que no le corresponden con su estatus narratológico. Nos las vemos así con la óptica cosmológica de Nietzsche y su idea de la voluntad de poder (*Pero como el hombre es voluntad...*), con la más cristiana y medieval visión del mundo y del hombre expresada en las miserias y penitencias que acompañan inexorablemente el valle de lágrimas de las gentes del campo (*Como es sabido, este mundo es un valle de lágrimas*).

Finalmente, si un rasgo ha sido mejor valorado por el jurado de este concurso, es sin lugar a duda, esa reiteración de “*En fin(es)*” que colman a modo de coda, el final de casi cualquier párrafo; retahíla que culmina con este final redondo y cerrado contenido en la última línea, broche genial de la historia que se cierra -sin cerrarse desde el punto de vista argumental, porque se repetirá eternamente-. Como se esbozó, no interesa al narrador describir el lugar ni los diálogos de los personajes. No interesa si finalmente la parcela será vendida. No importa al contador de la historia si los jovencitos de la Agencia recién estrenada conseguirán hacer comprender al anciano la tributación que debe perder por vender la poca ganancia obtenida con su trabajo. Al narrador, intuimos, le interesa contar, que pese a la sinrazón de que los impuestos se justifiquen para favorecer a los desfavorecidos, su hijo, el desfavorecido mayor de Miñambres, no sea el destinatario final de su herencia.

Los hombres patalean. Los hombres protestan, pero “*mansamente, se apelmaza(rán) las nubes y empez(ará) a llover,*” como siempre ha sucedido, el movimiento temporal a las cosas percederas que nos enseñó Heráclito. Como un movimiento perpetuo que se repitiera eternamente sobre las espaldas de los humildes de la tierra. Es la historia de cualquier Justino de hoy, rota o no su espalda por los rigores y avatares del oficio, cuyos dolores amenazan lluvia, la lluvia de ayer y la de mañana. La historia de siempre.

*En fin...* Un final que deja al lector con un sabor pesimista y triste al centrarse en un “*viento verde*” que remueve las hojas, que como en el romance de García Lorca, solo apunte a fatalismo y malos presagios.

*En fin...* Enhorabuena a Rafael del Campo, por acercarnos las querencias de la vida y de las gentes del campo, si bien, este campo no nos resuena a campo andaluz, por más que se mencionen los olivos, ocultos bajo esos “*cantacucos*” tan desconocidos a los de acá, que ni siquiera lo recoge el diccionario de la RAE.